

Una historia de tierra y agua purpúreas

Arturo Rodríguez Peixoto

arturi@adinet.com.uy

Universidad de la República

Resumen: El artículo estudia la violencia relacionada con las tensiones y enfrentamientos políticos y sociales del siglo XIX. En ese sentido, el autor propone que la violencia en las relaciones sociales puede estar presente de múltiples maneras, en una escala que va del perfecto ocultamiento a la más visible manifestación ante los ojos de múltiples testigos. En ese sentido, son los documentos escritos quienes pueden dar un fidedigno testimonio, una radiografía de esa violencia; sin embargo, una dificultad, de las muchas que existe para la reconstrucción de aquellas extremas experiencias, está en que los documentos, además de sus imprecisiones, a menudo son de un propósito propagandístico que hace muy inseguro el valor que sus noticias tienen para quien quiere obtener una clara y firme comprensión de lo que exactamente aconteció.

Palabras clave: Literatura y violencia, siglo XIX, testimonio, documentos

Abstract: The article studies the violence related to social tensions and political confrontations in the 19th century. In this regard, the author proposes that violence in social relations may be present in multiple ways, in a scale that goes from perfect for hiding to the most visible demonstration in the eyes of many witnesses. In that sense, the written documents are the ones which can provide a credible testimony, a radiograph of such violence; however, one of the many difficulties that exists for the reconstruction of those extreme experiences, is that the documents, in addition to their inaccuracies, often have a sensationalist purpose that diminishes the value of the news for those who want to get a clear and firm grasp of what happened exactly.

Keywords: Literature and violence, nineteenth century, testimony, documents

*Lady M. Here's the smell of blood still:
all the perfumes of Arabia will not sweeten this little hand.
Oh, oh, oh!*
William Shakespeare (*Macbeth*, Act V, Scene I)

En todos los tiempos los mismos fenómenos.
Manuel Bilbao (1998:25)

If it is equally impossible to document in detail the innumerable incidents of good and evil. At the same time, it is crucial to remember the dark periods when the worst traits in human beings have flourished, in order to think about and put into place means to prevent future abuses and to remember and mourn the millions of victims.
Encyclopedia of Genocide and Crimes against Humanity (2005: XI)

Cada vez que su planta pisaba la tierra, le parecía asentarla sobre el hueco de una tumba.
Francisco Bauzá (1871: 53)

Venía de muy lejos aquella incitación permanente a la violencia, que constituía el verdadero clima moral de la República, la espontánea aptitud para el exterminio, la depredación, la intolerancia más acerba ante cualquier idea que contradijera las profesadas, esa pasión por la intransigencia absoluta, dividida en sangre y fuego, en blanco y negro, en lo que sea o muerte.
Enrique Molina (1973: 15)

A cualquiera parte que vuelvo la vista me veo amenazado de los efectos de esta [la guerra]; y si á todos se les presenta con el horroroso aspecto que á mí, ningún mal deberemos temer tanto como él.
Francisco Llambí en ocasión de aprobar la incorporación de la Provincia Oriental del Río de la Plata al Reino de Portugal, Brasil y Algarves (1821)

I

Es un lugar común reconocer, aunque la conciencia colectiva o personal de los hoy vivos no lo tenga a menudo presente, que el pasado histórico de las sociedades que se establecieron en este territorio no estuvo libre de una conflictividad sanguinaria.

En nuestro más cercano pasado, del que fueron actores generaciones aún vivas,¹ la virulencia de enfrentamientos políticos y de otros órdenes produjo matanzas que,

¹ Para no repetir el discurso local abrumadoramente mayoritario de las últimas décadas, podríamos ejemplificar, en vez de recurrir a los años transcurridos entre 1960 y 1984, el atractivo del recurso a la violencia armada recordando el «idealismo bárbaro» de los anarquistas «rebelionistas» en las primeras décadas del siglo XX, con su exaltación del atentado con dinamita, a tiros o puñaladas (los términos entrecuillados se emplean en

desde diversos bandos y, muy en particular, desde los gobiernos que sucedieron a los más dramáticos sucesos, una vez desplazados sus principales ejecutores, trataron de superarse u olvidarse con leyes de amnistía, de caducidad de pretensiones punitivas, de puntos finales y/o comisiones de investigación y promesas de nunca más.

La contabilidad de las víctimas de estos enfrentamientos, aunque se ha intentado, seguramente es defectuosa, inclusive por razones que tienen relación con la misma dificultad insuperable de la tarea de contar muertos a lo largo de espacios y tiempos extensos, a menudo ocultados o encubiertos como si fueran consecuencia de sucesos accidentales o de otro tipo. Una dificultad similar (pero quizá mayor aunque solo sea por el mero paso de mayor tiempo) se da si nos detenemos a estudiar las muertes ocurridas como consecuencia de las llamadas «revoluciones» de la independencia y posteriores luchas civiles en la región, en el siglo XIX. Un pasado de crímenes que, a pesar de reiteradas afirmaciones de superación, vuelve a repetirse (ahora agravado por los recursos más eficaces a disposición de los estados, por las armas más destructivas con que todos los bandos pueden llegar a contar) y que suele encubrirse, para la gran mayoría, tras el velo de las efemérides, de los discursos patrióticos, de monumentos diversos, de la enseñanza histórica masiva, del olvido, entre otros.

Por supuesto, ese pasado criminal, que se exalta con orgullo desde varias tiendas, no es atributo exclusivo de nuestra sociedad ni su ámbito único fue o es nuestro territorio, aquel sobre el que pretendió y aún pretende (con menor área) ejercer soberanía la república.² Los mitos de diversos pueblos, los propios textos «sagrados» de nuestra tradición civilizatoria multiplican los ejemplos de una actividad y constancia criminal que acompañaría la historia humana desde su mismo origen, una «culpa» recurrente que nos apartaría para siempre de las armonías y bonanzas del paraíso o nos excluiría de las bienaventuranzas de la inmortalidad, atributo de dioses y no de humanos.

Y la historia de otros territorios y colectividades acumula, ciertamente, montañas de cadáveres seguramente mucho mayores que aquellas sobre las que caminamos, aunque solo sea por la mayor antigüedad de sus historias o la densidad también mayor de sus poblaciones. El ser sucesores, o en algún caso actores o sobrevivientes, de un siglo como

la publicación anarquista montevideana, individualista y racionalista, *El Hombre*, N. 101, 28 de setiembre de 1918, que consideraba esos procedimientos como propios del «anarquismo de la edad de piedra»), así como los apaleamientos y la virulencia represora de las coetáneas policías bravas.

2 Poco después de terminada la Segunda guerra mundial escribía María Zambrano que «si consideramos nada más que los hechos no podemos descubrir la historia de pueblo alguno que no esté manchada de crímenes» (1996: 93), aunque no sea esa la historia que se escribe y enseña.

el XX, que acumuló sacrificios de concentración temporal, extensión espacial y escala sin precedentes no puede sino darnos evidencia de esa constancia mortífera de la experiencia histórica humana, y aún alarmarnos por las potencialidades (y concreciones) destructivas que esas experiencias recientes auguran, dadas las condiciones técnicas actuales, para un futuro en que algunos aún podríamos estar vivos o en el que lo estarán nuestros descendientes.

Justamente, premoniciones ominosas como esas, que son consecuencia de experiencias recientes, de holocaustos varios, deberían motivarnos a reflexionar sobre esos antecedentes de sangre, aunque solo sea en el espacio abarcable de la región en que habitamos o nacimos. Porque si, como es frecuente, nos honramos de un pasado del que nos sentimos herederos y continuadores, aunque pueda esto ser solo un recurso retórico, correspondería no olvidar, no silenciar los sacrificios sanguinarios con los que se hizo.

Violencia desatada y violencia latente

La violencia en las relaciones sociales puede estar presente de múltiples maneras, en una escala que va del perfecto ocultamiento a la más visible manifestación ante los ojos de múltiples testigos.³ Esto es, no solo las guerras, internacionales o civiles, son expresión de una violencia social que, en pureza, está presente, en grados diversos, en todo orden social y jerarquía de dominación. Una buena parte, quizá la mayor y no la menos mortífera parte de esa violencia, puede no ser admitida por los beneficiarios del orden social, ni siquiera advertida por sus víctimas. Esto es, suele «naturalizarse» y considerarse un rasgo inevitable y connatural a la convivencia humana y la organización de la vida colectiva. Nada se podría hacer a ese respecto o no habría que hacer nada pues se trataría del ordenamiento natural de las cosas.⁴

Una manifestación básica de la violencia como estructuradora de orden y disciplinadora de conductas y expectativas está directamente vinculada a ese aspecto de la vida colectiva que acordamos denominar economía o que estudian, desde no hace mucho

3 Carlos Vaz Ferreira fue consciente de ello en su *Sobre los problemas sociales*, donde dijo: «La violencia puede aplicarse o no a cualquier tendencia [...] o al orden actual, que la emplea permanentemente, por lo cual, precisamente, no se nota» (1922: 16).

4 En este sentido quizá no sea desdeñable, en circunstancias en las que, nuevamente y como en los pasados siglos XIX y XX en nuestras comarcas, todo se vuelve «tema de retórico liberalismo político», (Justino Zavala Muniz 1937: 56) y merezca cuidadosa reflexión en el presente porque no suele casi nunca mencionarse, considerarse y discutirse, la aseveración del periodista contemporáneo inglés John Pilger, quien alude a «The few who dig deep into the nature of a liberal ideology that regards itself as superior, yet is responsible for crimes epic in proportion and generally unrecognised [...]» (2007).

más de un siglo, los titulados como economistas; esto es, a las formas de producción y distribución o apropiación de la riqueza material.⁵ Las últimas generaciones, al menos en nuestro ámbito civilizatorio, no desconocen que la esclavitud, o la servidumbre, o la mendicidad, situaciones en las que la inmensa mayoría de los humanos estuvieron en el pasado (y en la que muchos permanecen o vuelven a estar ahora, lo que no recibe la debida atención o comienza a justificarse nuevamente), según enseña la historia económica de la humanidad, conllevaban un ejercicio implacable de violencia, abierta o encubierta (por ejemplo: castigos corporales diversos, limitaciones a la movilidad, negación de autonomía en la decisión, facultad de quitar la vida, etc.). Por supuesto, los propietarios de herramientas humanas, o los que recibían tributos obligados diversos de individuos que no podían desvincularse de relaciones que inclusive heredaban sus descendientes, no siempre fueron concientes de la violencia que esos vínculos conllevaban.⁶ Y esto hasta tiempos muy recientes, como ejemplifica el recuerdo de un hombre peculiarmente cordial. El novelista y humanista ruso León Tolstoi (1828-1910) escribe en sus recuerdos (elaborados en 1903), que se extienden a la primera mitad del siglo XIX y a su padre (que murió en 1837):

No era cruel, cosa que constituía una cualidad para aquella época [...]. No recuerdo haber oído hablar sobre castigos corporales tampoco durante esa época, aunque sin duda se aplicaban. En aquellos tiempos era difícil imaginarse que se pudiera gobernar sin esa clase de castigos [...]. Sólo después de su muerte me enteré que se aplicaban tales castigos a nuestros campesinos.

Y agrega, ahora rememorando a su hermano más caritativo:

- 5 Mary Wollstonecraft, a fines del siglo XVIII o principios del XIX, observaba que «The sword has been merciful, compared with the depredations made on human life by contractors and by the swarm of locusts who have battened on the pestilence they spread abroad. These men, like the owners of negro ships, never smell on their money the blood by which it has been gained, but sleep quietly in their beds, terming such occupations lawful callings; [...]» (1889).
- 6 O practicaron curiosas (y contradictorias) discriminaciones en cuanto a dónde y para quiénes era aceptable o inaceptable la esclavitud u otras formas de trabajo forzado, así: «Despite the fact that slavery was unacceptable in early-modern northern Europe, the Dutch and others had no qualms about promoting the enslavement of Asians, Africans, and Amerindians. Britain ended the assignment of European convict labor in 1838, but sponsored or condoned similar practices with regard to non-Europeans for two decades more. Although as late as the 1830s Europeans were still entering North America under contracts of indenture, in the wake of the Civil War the U.S. Congress legislated that indentured contracts were just as unacceptable as slavery. Ironically, in British, French, and Dutch colonies, the ending of slavery led in the opposite direction: to a great revival of Asian and African indentured labor, which was hailed by abolitionists as a free and legitimate alternative to the despised bondage of slavery» (Northrup 2003).

Tengo una nota de Mitenka en la que figura su concepto respecto de los siervos. La idea que había que darles la libertad era inconcebible en nuestra sociedad de mediados de siglo. El poseer siervos por herencia era una cosa natural; y lo único que se podía hacer en favor de ellos era preocuparse de su bienestar material y también de su espíritu. La nota de Mitenka está escrita en ese sentido y de un modo serio y sincero, aunque ingenuo.⁷

Menos frecuente es que se admita que las relaciones salariales (y la exclusión que acompaña a la desocupación o a la no integración de una persona en esa relación cuando ella se ha hecho predominante y necesaria para la sobrevivencia), y las diferencias en acceso a la propiedad, también implican una violencia, encubierta o abierta.⁸ La generalización de relaciones de este tipo en nuestra contemporaneidad ha hecho invisible, a ojos mayoritarios, las constricciones y coacciones que ellas conllevan.⁹

7 Pero ni la crueldad del trato ni la imposibilidad de concebir otro trato eran una peculiaridad rusa. En nuestro propio territorio se ejercitaron ambas y, solo a título de poner algún ejemplo local, transcribo algunas líneas de una carta de Juan Manuel de Rosas (quien fue un afortunado estanciero antes y además de dictatorial gobernante), de marzo de 1833: «[...] me parece que el asunto es de poca importancia y que quedaría remediado con que Ud. prenda al mulato y lo mande a ésta a don Vicente González, que yo le dejaré dicho que le arrimen trescientos azotes y lo conserve preso hasta que yo disponga o el señor don Nicolás Anchorena su amo» (Cf. en Lynch 1997: 129). En este caso se trataba del castigo físico de un esclavo, con el agregado ominoso de un encierro que se dispone por la sola voluntad de quien escribe y cuyo límite de tiempo, si es que habrá alguno, también dependerá de esa voluntad o de la del amo (de quien Rosas era pariente).

8 Lo que Marx denominó como «la compulsión silenciosa de las relaciones económicas» o, en otras traducciones, «la coerción sorda de las relaciones económicas» (MARX, Karl *El capital*, Tomo I, Cap. XXIV: 922, <http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/capital1/24.htm>).

9 Por supuesto, testimonios de una percepción descarnada de esta situación impuesta a las grandes mayorías pueden hallarse en muchos lados, pero solo cuatro rescataré ahora (dos del siglo XIX, otro de la vida fabril en los años 30 del siglo XX y el último de la actualidad): «No hagamos falsa democracia. El trabajador es un *esclavo*, ya sea de la voluntad ajena o del destino» (Michelet en carta a su yerno, cf. Wilson 1972: 25); «a very few rich and exceedingly rich men have lain a yoke almost of slavery on the unnumbered masses of non-owning workers» (León XIII en *Rerum Novarum, On the Condition of the Workers* [Roma, 1891], cf. Northrup 2003); «L'esclavage m'a fait perdre tout à fait le sentiment d'avoir des droits. Cela me paraît une faveur d'avoir des moments où je n'ai rien à supporter en fait de brutalité humaine. Ces moments, c'est comme les sourires du ciel, un don du hasard. [...] Mes camarades n'ont pas, je crois, cet état d'esprit au même degré: ils n'ont pas pleinement compris qu'ils son des esclaves. Les mots de juste et d'injuste ont sans doute conservé jusqu'à un certain point un sens pour eux –dans cette situation où tout est injustice» (Weil 1951: 92). Por último, entre la encontrada multitud de textos que intentan describir el presente, rescato unas líneas de Joxe: «La ideología neoliberal de la aristocracia global es más 'pacífica' que las de Stalin y Hitler, porque no preconiza oficialmente ninguna matanza ni campo de concentración alguno; pero encubre una realidad cruel. Desde hace ya varios años o décadas, en algunos países del tercer mundo se distinguía un retorno a formas de esclavitud liberal, mediante la fijación de los ingresos en el límite de la supervivencia –bajo amenaza de muerte– para masas nuevas de mano de obra lanzadas hacia las ciudades por la destrucción de la agricultura de

El recurso a la violencia, o la justificación de la misma, se ve facilitado por las distinciones que puedan hacerse entre los individuos de una colectividad y entre distintas sociedades. Las concepciones no igualitarias respecto a los humanos, y las que establecían criterios de calidad distinta o desigual jerarquía (en inteligencia, capacidades diversas, etc.) entre grupos humanos facilitaron y legitimaron el empleo de la violencia, reduciendo o eliminando todo riesgo de mala conciencia. De esto puede darse ejemplo con textos de la antigüedad (entre los que no son los menos importantes los de Aristóteles), pero también contemporáneos. Ciertas concepciones de la propiedad, y de los derechos que derivarían de la facultad de castigo que los individuos tendrían respecto a aquellos que se aparten del respeto a ciertos derechos que se tienen por naturales, también legitimaron extremos como la esclavitud (como en el caso de John Locke, al que suele considerarse como exponente fundamental o fundacional del liberalismo).

En el proceso de ocupación del planeta que dejó más abundantes testimonios escritos, el que partiera de metrópolis europeas hace ya más de quinientos años, esas diferencias de apariencia, costumbres y lenguas, y muy particularmente las diferencias de idolatría, fueron un justificativo recurrente para, cuando se entendió necesario, establecer tanto la dominación como impulsar el exterminio. La ocupación paulatina, a creciente velocidad, de lo que solía presentarse como espacios vacíos y desaprovechados, tuvo un soporte técnico que fue imposible contrarrestar por las poblaciones desplazadas, acorraladas, exterminadas.

II

The expected change and tempest is a political one. The plot is ripe, the daggers sharpened, the contingent of assassins hired, the throne of human skulls, styled in their ghastly facetiousness a Presidential Chair, is about to be assaulted. It is long, weeks or even months, perhaps, since the last wave, crested with bloody froth, rolled its desolating flood over the country; it is high time, therefore, for all men to prepare themselves for the shock of the succeeding wave. And we consider it right to root up thorns and thistles, to drain malarious marshes, to extirpate

subsistencia. [...] Para ser competitivos frente a la modernización por la robótica, los trabajadores sometidos deben volverse precarios, subpagados y hasta desechables luego de su uso [...]. Un poco en todas partes, sobre el modelo de las maquiladoras de algunas ciudades de la frontera mexicana, existen ‘campos de concentración liberales’ donde las relaciones sociales de producción del subdesarrollo se instalan y pesan sobre los asalariados de los países ricos como una amenaza o una prefiguración del porvenir» (Joxe 2003: 35).

rats and vipers; but it would be immoral, I suppose, to stamp out these people because their vicious natures are disguised in human shape; this people that in crimes have surpassed all others, ancient or modern, until because of them the name of a whole continent has grown to be a byword of scorn and reproach throughout the earth, and to stink in the nostrils of all men!
W. H. Hudson (1885)

Una dificultad, entre muchas otras, para encarar el estudio de la violencia relacionada con las tensiones y enfrentamientos políticos y sociales del siglo XIX, que es el asunto que nos ocupará, está en la no siempre segura posibilidad de deslindar, en cada acto particular de violencia, la causa o motivación única o principal del mismo. En efecto, la violencia privada puede estar, en grados diversos, relacionada con aquellas tensiones y en las disputas partidarias que llegan al crimen no es infrecuente hallar muchos ejemplos de venganzas personales por asuntos que poco o nada tienen que ver con los partidarismos. En la vida cotidiana, y más aún en tiempos tormentosos, las ocasiones para el aniquilamiento de aquellos que nos disgustan, con los que disputamos bienes o favores, se multiplican y las probabilidades de no encontrar castigo por esos crímenes aumentan.

Al menos esa fue, seguramente, la situación en la región y en aquellos tiempos, en medio de las recurrentes revueltas que antecedieron, por décadas, a la imposición de un orden público controlado, más o menos eficientemente, nunca libre de tensiones, por el gobierno central y sus agentes municipales.

Los crímenes que fueron producto de conflictos interpersonales, ocasionales o de más larga duración, no serán, en principio, los que atraerán la atención aquí, a pesar de su frecuencia y de su constancia. Y de la contribución que hicieran para colorar de púrpura la tierra que habitamos.

Mayor espectacularidad, una importante incidencia, derivada del número de personas enfrentadas y muertas, de la puntualidad de las batallas, de la larguísima duración de los conflictos, tienen las muertes acaecidas en los enfrentamientos entre montoneras o ejércitos. Es particularmente a estas formas de violencia, entre ejércitos gubernamentales e insurgentes, entre fuerzas que, ambas, se pretenden legitimadas en su recurrir a las armas, que se intentará prestar atención.

Si bien la violencia de una pretendida autoridad sobre otra o sobre los seres comunes que, en principio, no ofrecen oposición ni constituyen una amenaza, no comienza con el siglo ni con las guerras que en él se sucederán, por décadas (los primeros encuentros

entre los navegantes europeos y los aborígenes de América, aunque sorprendentemente pacíficos según los testigos y memorialistas, fueron, en infinidad de ocasiones, de inmediato seguidos de capturas de indios por los europeos, esclavización, etc.),¹⁰ lo cierto es que los acontecimientos que reestructuraron los vínculos políticos con las metrópolis e hicieron posible y necesario construir instituciones nuevas, a partir de situaciones locales, dieron origen a una prolongada generalización de la guerra. En ella se implicaron muchas personas, para muchos fue ocasión de ascenso social o recurso para asegurar la mera subsistencia, a ella se arribó por voluntaria decisión o, como en la mayoría de los casos, por imposición.

III

La leyenda del primer fratricida, se reproduce entre nosotros. El hermano se arma para combatir al hermano; y las músicas y los festines y la alegría, festejan un triunfo que Caín no se atrevió á confesar a Dios, pero que nosotros solemnizamos con todo el cinismo de un odio criminal.
Francisco Bauzá (1871)

Una dificultad, de las muchas que hay, que existe para la reconstrucción de aquellas extremas experiencias, para la recuperación de una información cierta sobre sus consecuencias en vidas temprana y violentamente interrumpidas está en que los documentos escritos, además de sus imprecisiones, particularmente los de más amplia difusión, los que los propios contemporáneos (que se beneficiaban o padecían de la condición de actores o testigos de hechos trágicos) redactaron suelen estar cargados de una pasión (que corresponde a las circunstancias extremas en que fueron escritos o a que refieren) y, a menudo, de un propósito propagandístico, de ganar partidarios para la causa, que hace muy inseguro el valor que sus noticias tienen para quien quiere obtener una clara y firme comprensión de lo que exactamente aconteció (como nos advirtió, jocundamente, ya Juan Bautista Alberdi con su historia del gigante Amapolas y sus formidables enemigos). Aunque, también esto es cierto, solo en ellos puede leerse la desgarnecida emoción humana que los partícipes de aquellos episodios sintieron y que influyó en sus decisiones.

Otra en que esos documentos escritos tienen un origen letrado, necesariamente minoritario, socialmente sesgado, suelen provenir de los promotores intelectuales de las

¹⁰ Lo cuenta Colón, lo cuenta Pigafetta, lo cuenta Vaz de Camina, lo cuenta Schmidel ...

disputas, de algunos de sus jefes de partido, pero no dan cuenta ni de la perspectiva ni de los padecimientos de la mayoría iletrada, socialmente subalterna que expuso su cuerpo, empleó sus destrezas en las luchas y entre quienes está también la enorme mayoría de los muertos.

Entonces, no solo el inevitable (y hasta necesario) olvido diluye la noticia e impide el conocimiento de todas estas circunstancias trágicas, con su retahíla de cadáveres, sino que (y probablemente no se trate de una generalización ni injustificada ni injusta) «[...] par la nature des choses, les documents émanent des puissants, des vainqueurs. Ainsi l'histoire n'est pas autre chose qu'une compilation des dépositions faites par les assassins relativement à leurs victimes et à eux-mêmes» (Weil 1949: 149).

De ahí que la arqueología, la antropología forense puedan hacer, en el futuro, una contribución decisiva para develar la verdadera magnitud del holocausto.

IV

*Todos los periodistas repiten en sus artículos aquellos chistosos versitos.
Nosotros somos los buenos,
Nosotros ni más ni menos
La Periódico-Manía (N. 3, Montevideo, septiembre 24 de 1831)*

El valor movilizador de los textos, de los artículos en los periódicos (cuya multiplicación acompaña a esta historia, a la que se vinculan también como voceros de los bandos y como agitadores de las posturas extremas), del empleo de ciertas frases y epítetos («salvajes unitarios», «manco castrador», «loco traidor», vivas y muera en cintas, publicaciones, papel sellado y membretes varios...) fue claramente comprendido por todas las partes y concientemente empleado para mantener a la población aterrorizada o comprometida con la causa.

Pero la admisión de que la propaganda (incluso sistemática, que no es un invento del siglo XX) y las exageraciones a que la pasión (odios de partido o personales) pueda dar lugar también deban ser tenidas en cuenta al leer los documentos (como corresponde que hagamos con los que escriben nuestros propios contemporáneos sobre nuestras actuales disputas y experiencias), no puede justificar la disminución o la prescindencia y negación de los hechos sobre los que dan cuenta.

Con todas las prevenciones que se requieran, su lectura informa sobre hechos horrorosos, sobre la experiencia del miedo y el terror o sobre su empleo para ejercer el dominio, más allá de si la violencia extrema de que dan cuenta documenta el gusto de los actores por derramar sangre o que se derramó sangre «por necesidad» (para contener «la anarquía», rechazar «la invasión», restaurar «las leyes», defender «la libertad», consolidar «la autoridad», hacer triunfar «la civilización», salvaguardar «el honor nacional», etc.).

Esa multiplicación de los episodios de violencia, que implicaban a civiles y militares (y el trasiego entre esas categorías era rápido y frecuente), llamó la atención de muchos viajeros extranjeros que tuvieron ocasión de visitarnos, como fue el caso del naturalista inglés Charles Darwin, entre 1831 y 1836, que observa ciertas características, al visitar nuestra ciudad de Colonia, de la vida social platense que podían explicar las dificultades para alcanzar una vida política ordenada y relativamente calma:

More generals are numbered (but not paid) in the United Provinces of La Plata than in the United Kingdom of Great Britain. These gentlemen have learned to like power, and do not object to a little skirmishing. Hence there are many always on the watch to create disturbance and to overturn a government which as yet has never rested on any stable foundation.

Y aún agrega:

On the other hand, many robberies are committed, and there is much bloodshed: «the habit of constantly wearing the knife is the chief cause of the latter. It is lamentable to hear how many lives are lost in trifling quarrels. [...] Robberies are a natural consequence of universal gambling, much drinking, and extreme indolence [para culminar informando que] Police and justice are quite inefficient. If a man who is poor commits murder and is taken, he will be imprisoned, and perhaps even shot; but if he is rich and has friends, he may rely on it no very severe consequence will ensue. It is curious that the most respectable inhabitants of the country invariably assist a murderer to escape: they seem to think that the individual sins against the government and not against the people. (1890: 105, 113-114)

Más de medio siglo después, el uruguayo Luis Suárez, entonces en Paraguay, afirmará: «Para hacer valer mi opinión evoqué mi experiencia de hijo de un país ¡ay! con más revoluciones en su historia que cuentas tiene un rosario» (1931).

V

El espíritu de venganza, en la exaltación de los partidos, forma generalmente fanáticos, y el fanatismo así civil como religioso, produce extravíos, que colocan a los hombres en la esfera de los salvajes.
Juan M. de la Sota (1841)

Los vínculos personales y familiares, el patronazgo y padrinazgo, la incertidumbre y disputa respecto a la institucionalización de una jerarquía de gobierno, la inseguridad respecto de las lealtades que brindarían beneficios o protección, la necesidad de buscar refugio en lealtades personales y en redes de dependencia, en pertenencias partidarias o de bandería antes que en otras más amplias, provinciales o nacionales, inclusive la reiterada experiencia de situaciones en las que «el individuo ya no es nada fuera de su tarea elemental de defender su estirpe» (Musil 1992: 58), o «la espesa maraña de los odios» (Acevedo Díaz 1965: 7), explican muchas de las formas en que esas cruentas luchas se dieron y su misma prolongación.

En cuanto al origen de las discordias que derivaban en enfrentamientos sangrientos, suelen los bandos formular planteos que denotan, por lo menos, cierta abismal incompreensión de los motivos y argumentos de los adversarios, cosmovisiones incompatibles, a veces de sorprendente continuidad histórica (y en las que nos encontramos, con o sin conciencia de ello, por herencia o influencia, aún envueltos y enredados; ¿consistirán acaso en eso las tradiciones de pensamiento?)

Así, por ejemplo y en nuestra Banda, la Gazeta de Montevideo (hostil al bonaerense partido de la independencia, defensora de la moral y el evangelio y de los principios de la religión revelada) del 10 y 24 de setiembre, así como del 1º de octubre de 1811, en un discurso o serie de artículos «Sobre la ilustración en la América española», atribuía a «los subversivos libros franceses» y los «filosofismos» el fin de la tranquilidad y paz en América.

Agregando después, al hablar de la «educación del pueblo» y contra los «filósofos novadores», que

El siglo 18, que aventajó en la ilustración general a todos los que le precedieron, es por nuestra desgracia el que abundó de hombres inmorales, que haciendo consistir los verdaderos conocimientos filosóficos en el delirio de la razón, destruyeron con sus costumbres públicas, así como con sus perversas doctrinas, la base principal en que estriba el conocimiento del pueblo [un pueblo del que, por otra parte, se había escrito que «necesariamente es inconstante» y «atrevido»], su dirección y el buen uso de la docilidad, que forma su carácter (Gazeta de Montevideo, N. 42, martes 15 de octubre de 1811, pág. 265).

En efecto, a juicio del redactor, «La Francia se ha visto asolada por aquella fatalidad, y desde que Raynal, Rousseau, Voltaire y Montesquieu se hicieron los maestros del pueblo, desapareció el orden, se le huyó la felicidad, y perdió el escaso conocimiento que tenía para dirigir a su bien todas sus obras; casi en todas las partes del mundo ha habido iguales resentimientos; porque a todas ellas se extendió la corrupción degradante de la naturaleza [...]» (Gazeta de Montevideo, N. 42, martes 15 de octubre de 1811, p. 266).

A comienzos del siglo XX, en la misma ciudad de Montevideo (que hacía ya 70 años era la capital de una república independiente, como consecuencia quizá no del todo deseada ni esperada de los acontecimientos de 1810/1811) y al formular «El legado del siglo XIX», el arzobispo Mariano Soler se mantiene dentro del mismo marco intelectual, y escribe:

Contra el cristianismo se levantan, no sólo los sabios y filósofos, que ejercen principado en la esfera del pensamiento racionalista, sino también los partidos políticos y las supremas potestades de la tierra: así los que llevan la voz de democracias alborotadas y turbulentas, como muchas de las que representan a la viejas monarquías.

Y es que no han conocido los siglos seductora mayor ni más peligrosa que esa Revolución preparada por las impías doctrinas de Voltaire y de Rousseau. [...] Llena de confianza en la omnipotencia de la razón humana, proclama en filosofía a la razón como único criterio de certeza, y no admite por fundamento social más que unos cuantos principios sentados por la razón pura, acerca de la perfección y bondad originaria del hombre abstracto, y de la libertad, igualdad y soberanía natural; la teoría y el razonamiento puro son el cimiento de las instituciones que levanta. (Soler 1901: 10)

Desacuerdos como los que estos textos ponen en evidencia (fueran ocupación y preocupación de muy pocos o de muchos), que aparecen como conflictos insolubles mediante el diálogo o muy difícilmente negociables (sin acuerdos sustantivos admisibles y compromisos imaginables el debate y la deliberación resultan inconducentes para lograr un arreglo), se dirimieron mediante la violencia, en algunas etapas, y luego por el prolongado predominio de una mayoría de prosélitos que impuso su solución apoyándose en la capacidad coercitiva de la ley y sus agentes. En todo caso contribuyen a explicar la condición endémica del enfrentamiento intransigente, que parece requerir para su superación, como argumentara Thomas Hobbes en circunstancias equiparables (pero casi dos siglos antes), el acatamiento general de las decisiones de una autoridad soberana (pero había entonces varias en disputa y ninguna estaba dispuesta a renunciar a la pretensión de ser obedecida).

VI

Los cuerpos quedaban insepultos para servir de pasto a las aves carnívoras.
César Díaz (1968: 74)

Puede sorprendernos hoy, quizá, la crueldad reiterada que todos los bandos emplearon en los combates, una actitud abundantemente documentada y que interpretaciones posteriores tratan de explicar en razón de la sensibilidad mayoritaria en la época, cierta costumbre carnífera a la que las prácticas rurales habitarían, el predominio de una mentalidad «bárbara» (y sin embargo también la crueldad fue alentada y practicada por los más educados, los más «civilizados» entre los contemporáneos),¹¹ la ausencia de una

11 En una carta a Bartolomé Mitre, entonces gobernador de Buenos Aires, luego presidente de la República, historiador, fundador del diario La Nación, traductor de la Divina Comedia, filólogo, múltiples veces senador, que se ha citado muchas veces, Domingo Sarmiento (que lo sucedería en la presidencia), cuyo excepcional talento de escritor y mérito ensayístico es indiscutible, así como lo es su fundacional papel para la construcción del sistema escolar chileno y argentino, le aconsejaba: «No trate de economizar sangre de gauchos, este es un abono que es preciso hacer útil al país; la sangre es lo único que tienen de seres humanos» (carta del 20 de setiembre de 1861, Cf. Chumbita 2000: 37) Y a tal punto estaba Sarmiento convencido de la bondad de esa práctica que, según transcribe Acevedo, dirá «Nadie me ha comprendido [...] Mi grande obra ha sido acabar con el gaucho montonero y anular al gaucho político» (Acevedo VI: 279). Juicio con el que coincidirá, en 1916, Leopoldo Lugones, que escribe, de acuerdo a las teorías raciales aceptadas en la época: «Su desaparición es un bien para el país, porque contenía un elemento inferior en su parte de sangre indígena» (1960: 51). El general unitario Lavalle, por su parte, en 1840 publicó una proclama que dice: «Se engañarán los bárbaros si en su desesperación imploran nuestra clemencia. Es preciso sacrificarlos a todos, para no ser degollados por

educación general que domeñare los impulsos, las inclinaciones de ciertos tipos humanos o «razas», la ineficiencia de las leyes o del control de su acatamiento, la consecuencia de tener que controlar y utilizar «una gran cantidad de esclavos africanos, indolentes y acostumbrados al rigor, que solo con él se consigue que se vistan, que se asean y que observen los deberes del soldado, y de otra parte peor reclutada en la crujía de la cárcel; hombres incorregibles, que si fuera a darse cumplimiento a lo que prescriben las ordenanzas militares, sería necesario fusilar con frecuencia», como escribió León de Palleja (Acevedo 1933 III: 487), ejércitos integrados por «la hez» y por criminales.

Esa crueldad no solo se daba en ocasión de los enfrentamientos, o después de ellos, en la ejecución impiadosa de los vencidos, heridos o capturados. «Las víctimas eran conducidas al lugar del suplicio, en grupos de veinte o más hombres, con los brazos fuertemente ligados por la espalda, seguidos de un degollador y de la correspondiente escolta; y cuando llegaban al sitio fatal, el verdugo los empujaba con violencia, les hacía caer de bruces y separaba las cabezas de los troncos» (Díaz 1968: 73-74).

Respecto a lo que ocurriera con los apresados tras la batalla de Arroyo Grande. E informa que las ejecuciones: «empezaron el mismo día 6 de diciembre después de concluida la batalla, y continuaron por tres o cuatro días más, según las fuerzas destacadas en persecución de los dispersos, iban regresando al cuartel general con los prisioneros que habían hecho» (Díaz 1968: 74-75).

Una escena que recuerda las propias de las cuereadas, del rodeo y captura de vacunos y que no ocurriera entonces ni por primera ni única vez. Años después, según nos narra el propio Díaz, que morirá fusilado en Quinteros, tomada la ciudad de Buenos Aires tras la batalla de Caseros, Justo José de Urquiza ordena ejecuciones de los saqueadores.

A medida que se iban capturando, se remitían a la casa de policía y allí eran inmediatamente pasados por las armas, sin más justificación de delito, que la de haber sido aprehendidos llevando en las manos, alhajas u otros objetos robados. Algunos han hecho ascender hasta doscientos el número de víctimas sacrificadas

ellos. Purguemos a la sociedad de estos monstruos inhumanos y viles sostenedores de la más sangrienta tiranía. Muerte, muerte sin piedad, correntinos, a los salvajes que intentan borrarlos de la lista de los pueblos libres» (Acevedo 1933 II: 21).

por esta causa, mientras otros aseguran que no pasó de treinta, comprendidas algunas mujeres. (1968: 255)¹²

Y también de vencidos capturados:

A la fusilación de Chilavert siguieron muchas otras. [...]. Se ejecutaban todos los días de a diez, de a veinte y más hombres juntos, sin otra formalidad que la de justificar la identidad de las personas [...]. Las ejecuciones tenían lugar en los campamentos, es decir en medio de las quintas o a las orillas de los caminos más frecuentados; y los cuerpos de las víctimas quedaban insepultos en los mismos parajes en que habían sido privados de la vida, cuando no eran colgados en alguno de los árboles de la alameda que conduce de la ciudad a Palermo. (1968: 257).

Era inclusive previa a las batallas. El reclutamiento mismo de los ejércitos, de línea o milicias, montoneras o regulares, se hacía recurriendo a la leva, a la imposición. En consecuencia, las tropas que se enfrentaban no estaban motivadas, sino en minúscula parte, por oposiciones ideológicas o convicciones de algún tipo, ni siquiera por claros intereses encontrados (salvo el de cada quien de preservar la propia vida o ganar un botín en disputa). No era infrecuente la desertión o, lo que puede sorprendernos, que los vencidos se integraran al ejército vencedor, sin más trámite.

El contralor de cuerpos militares así constituidos exigía el empleo del terror y de una bárbara disciplina (para obtener esa «pasiva obediencia» que se requiere del soldado), como lo documentan, por otra parte, muchos textos y hasta disposiciones legales y reglamentarias. Puede asombrarnos que a partir de tales procedimientos puedan haberse intentado centenares de revueltas y prolongados esfuerzos de resistencia o represión. Pero lo cierto es que la misma lucha de independencia se nutrió, por ejemplo, de la oferta de libertad a los esclavos¹³ a cambio de la incorporación a los ejércitos y de la imposición a los dueños de

12 El editor español Benito Hortelano, en sus memorias, apunta una cifra mayor de muertos: «Se calcula en 500 personas las que murieron en las calles y fusiladas por la Comisión militar» (1972: 89); y aún más agrega Berutti en las suyas: «[...] a los que agarrasen robando en el acto los fusilaron, como lo efectuaron habiendo muerto a más de seiscientos ladrones y entre ellos algunas mujeres [...]» (2001: 487).

13 El empleo de esclavos e indios en estas peleas (además de personas de las llamadas «clases») no fue una innovación revolucionaria sino que tiene abundantes antecedentes coloniales y fue una práctica extendida (ver, por ejemplo, Lima 2002), entre otras razones, porque se necesitaban brazos para los ejércitos e impedir su empleo por los «españoles o realistas» (lo que, por cierto, no evitó que muchos pelearan en ese bando y recibieran «gloriosa muerte» en defensa de los «sagrados derechos» de la monarquía o que pelearan, sucesivamente, en ambos bandos. Ver Blanchard 2002: 510 y ss.).

esclavos de que cedieran uno de cada tres para integrarlos a batallones (Wilde 1977: 117). Para la defensa de la ciudad de Montevideo, cuando comenzaba el sitio en febrero de 1843, también se recurrió a esos soldados involuntarios, que integraron las fuerzas de línea. Díaz, que entrenó y comandó uno de esos cuerpos, narra que el día 12 de diciembre de 1842 el gobierno que encabezaba Joaquín Suárez propuso a (y obtuvo de) la Asamblea General la sanción de una ley de abolición de la esclavitud que, simultáneamente, autorizaba al ejecutivo a destinar al servicio militar a todos quienes fueren esclavos, habiéndose reunido por este medio ya para la tarde del 14 de diciembre a 700 hombres. Se congratula Díaz de que, tras muy pocos días de ejercicios, esos hombres de color:

[...] nacidos en los desiertos africanos, que jamás habían tenido en sus manos un fusil, maniobrasen e hiciesen fuego en batallón. Verdad es que ellos [comenta sin ironía perceptible], a pesar de los estrechos límites de su inteligencia, comprendieron al parecer la alta misión a que estaban destinados; apreciaron debidamente la transición que habían hecho de la desdichada condición de siervos a la distinguida clase de soldados de la república [...]. (1968: 35-36).

Aunque no deja de lamentarse que los propietarios de esclavos, cuyo celo patriótico o entusiasmo ideológico aparentemente era menos fuerte que el aprecio por el valor de esas propiedades amenazadas de desaparición, «se habían dado prisa a ocultarlos en la ciudad o a embarcarlos para el Brasil» (1968: 42). Una evasión que cuadruplicaba el número de los enrolados, pues Díaz estima en tres mil los esclavos existentes en el departamento de Montevideo a la fecha de la resolución.

No solo los hombres aptos de color fueron reclutados inconsultamente. Aunque «nadie acudía al llamado de las autoridades; y los que eran compelidos a obedecerlas desaparecían a las pocas horas de haberse presentado» y «si un oficial lograba reunir en un día cien o doscientos hombres, en la noche se quedaba solo» (Díaz 1968: 47), algunos miles de hombres fueron puestos en armas.

Ya en mayo de 1842 el gobierno de Montevideo, temiendo la invasión del territorio, había dispuesto la obligación de prestar servicios militares activos para todos los hombres avecindados en la República y de entre 14 y 50 años (con la excepción de los extranjeros registrados en los consulados y de quienes practicaban ciertos oficios: carniceros, aguateros y panaderos). Pero había una vía de eludir la disposición enrolatoria, que era la de salir del país en muy breve plazo (tres días) y asumir el pago mensual de uno o varios soldados de

línea, lo que, cabe suponer, los habitantes impudientes difícilmente podrían hacer (Acevedo 1993 II: 25).

El recurso a los indios se repetirá, por todos los bandos, mientras ellos fueron lo suficientemente numerosos y en tanto fueran manipulables con fines militares (guaycurús entre los que vencieron en Monte Caseros, los «amigos de Rosas», los «amigos» de Artigas, etc.).

Essex Vidal, que los pintó, nos dice de los soldados de la Banda Oriental hacia el año 1820:

No son, en verdad, más que gauchos con otro traje, y apenas si resultan más formidables por el hecho de haber añadido al cuchillo, lazo y boleadoras, la carabina y sable como auxiliares. [...] Así armados, viviendo habitualmente al aire libre, durmiendo con sus caballos, sin más necesidades de alimentación que la carne, para obtener la cual, siempre llevan ante sí el ganado vivo dejando un desierto a sus enemigos, estos soldados realizan un sistema guerrero extravagante, huyendo ante sus enemigos y contraatacando cuando estos menos lo esperan. Incapaces de desempeñarse en conjuntos numerosos, nunca presentan un cuerpo compacto al enemigo, al cual sin embargo tienen constantemente alerta, molestándolo y hostilizándolo sea su fuerza cual fuere. (1999: 161)

En los momentos más álgidos de los enfrentamientos, el reclutamiento forzado de combatientes se generalizaba. Recuerda Berutti que:

[...] concluyó el presente año de 1851, con la desgracia de estar todos los ciudadanos de la ciudad y su provincia [Buenos Aires] sobre las armas haciendo ejercicios militares como soldados sin distinción de empleados, abogados, escribanos, jueces, etcétera, capaces de llevar las armas, y hasta los niños de doce años a dieciséis, los primeros para tambores y los segundos para soldados, habiéndose llevado de los pueblos de la campaña sin distinción de personas pobres ni ricos, que han tenido que dejar abandonadas sus casa de comercio y quedando a cargo de los establecimientos de campaña las mujeres, hombres viejos y niños de menos de doce años, por lo que la campaña de halla desolada, sin tener quién mire por los ganados y casas de comercio, causando esto una ruina general. Sólo los extranjeros no son molestados pues siguen trabajando en sus negocios muy tranquilos todo el día, y los hijos del país no tienen más que para sus negocios sólo la mañana del día, pues todas las tardes tienen que asistir con graves penas desde

las tres de la tarde hasta el toque de oraciones a los ejercicios, por lo que toda la provincia se halla en asamblea, la gente desesperada por no tener cómo subsistir y sus familias, si son casados, sin casi los alimentos de primera necesidad; todo ha subido de precio y nada se gana [...]. (2001: 483)

No parece entonces creíble que, a pesar de toda la conflictividad violenta que se extiende desde 1810, al menos, hasta comienzos del siglo XX, fueran todas aquellas personas, en varias generaciones, presas de algún «entusiasmo bélico» luego olvidado, de una hoy perdida devoción por «*physical courage and the love of battle*» (Wells 1991: 39).¹⁴ Lo que no implica negar que algunos, y quizá muy especialmente entre los jefes y principales actores, sí compartieran un verdadero entusiasmo por ese recurso extremo y mortífero (algo de ello nos llega en la retórica de los discursos, poemas e himnos de aquel tiempo).

VII

Our very brief and rather tragic history.
Jorge Luis Borges (1981)

Al referir al degollamiento de dos prisioneros, en un episodio de las revueltas contra el primer ejercicio presidencial de José Batlle y Ordoñez en 1903, que «El Alacrán» (un teniente de las fuerzas gubernamentales de apellido Arrúa) personalmente cometiera, Eduardo Acevedo escribe que el encarcelamiento, juzgamiento y condena del criminal «se trataba de una novedad en las revoluciones del Río de la Plata, donde los hechos de sangre ocurridos durante la contienda, por terribles que fueran, quedaban siempre impunes y hasta cobijados por las leyes de amnistía» (Acevedo VI: 264-265).

Cuadros tenebrosos que se reiteran y no parecen haber escandalizado mayormente a nuestros mayores (al menos durante muchas décadas del siglo XIX), que quizá los aceptaron con resignación, o cierta impasibilidad o estoicismo ante tantas infamias, padecidas o cometidas, repetidas, que formaron parte de sus circunstancias al punto de

¹⁴ Por otra parte, un articulista de El Comercio del Plata, en el segundo año de sitio de Montevideo, observa que la población de la ciudad es dócil y de «indole templada» pues los robos no son comunes y las violencias tampoco «en una situación tan tirante como la que ocupamos; con una población toda armada y compuesta de individuos de tan diversas naciones» (6 de octubre de 1845).

que se hicieran, en muchos, hábitos y oficio. Al modo con que las ejecutan dos personajes de «El otro duelo», una narración de Borges que finaliza en una «[...] escena [que] es leída con indulgencia o con admiración, y no con horror» (Cf. en Bordelois 1999: 134).

A esa inclemencia predominante probablemente contribuyeron múltiples factores, desde la prédica ideológica de minorías a las experiencias y situaciones vitales mayoritarias, en parajes con baja densidad de población, agrestes, en los que la destreza y fuerza personales solían resultar decisivas para subsistir, entre endebles instituciones o fuera del alcance de ellas, sin el amansamiento que pudiera producirse en la escuela ni por la prédica religiosa (los medios urbanos, los sectores educados y los agentes religiosos no fueron tampoco inmunes a la iracundia y de allí provenían quienes fundamentaron o propiciaron, con proclamas y argumentos, las disputas y revueltas).

En todo caso, fue propio de los conflictos políticos del siglo XIX en la región (y no es imposible encontrar ejemplos en el siglo XX de lo mismo) el considerar como parias a los adversarios políticos, al modo en que lo indica, por ejemplo, el manifiesto que revolucionarios nacionalistas dieran a luz en setiembre de 1870 (Aroztegui, Tomo I, pág. XIII) o como el propio Rosas admitiera al declarar: «Si he podido gobernar 30 años aquel país turbulento, a cuyo frente me puse en plena anarquía y al que dejé en un orden perfecto, fue porque observé invariablemente esta regla de conducta: proteger a todo trance a mis amigos, hundir por cualquier medio a mis enemigos» (Cf. Lynch 1997: 75). Una negación de humanidad, de reconocimiento del opositor en tanto humano, una general intolerancia. Echeverría, al ordenar los recuerdos de sus experiencias juveniles (las de la década de 1830), da cuenta de que «La sociedad argentina entonces estaba dividida en dos facciones irreconciliables por sus odios, como por sus tendencias, que se habían largo tiempo despedazado en los campos de batalla [...]» (1928: 93).

Pero esta repetición de la violencia, que simboliza en el Plata una narración augural como «El matadero», no fue solo producto o consecuencia del desenfreno de las guerras civiles y de la (con el distanciamiento que permite o al que obliga el tiempo pasado desde entonces) ahora poco menos que incomprensible reiteración de “revoluciones”, sino que también emergía en ausencia de ellas, en las pausas entre una y otra revuelta, incluso cuando estas se evitaban o postergaban, justamente por temor de que alguna o todas ellas «[...] lejos de darnos Patria, nos traería a una restauración (la peor de todas las revoluciones), o la anarquía, o el predominio de nuevos caudillos» (Echeverría, 1928: 96).

Si bien refiriéndose al sur del Brasil, Florencio Sánchez quizá no estuviera exagerando al sostener que «Si se pudiera hacer una estadística exacta de la mortalidad en aquellas regiones, tendríamos que el mayor porcentaje lo daría la muerte violenta y por degüello». Un procedimiento criminal que, nos informa, «constituye la forma única del homicidio y hasta del suicidio» (Sánchez 1903).

Ante tanta violencia, por causas colectivas o en contiendas personales, con la alborada del siglo que dejáramos atrás hace poco más de una década, curiosas novedades, incluso las más banales y corrientes, pueden publicitarse (no sin humor) como pacificadoras. Así, leemos en la revista montevideana *Rojo y Blanco*: «Durante setenta años, todos los crímenes han sido aquí posibles. No exagero. Y desde que el Agua de Salus se encuentra en todas las mesas, todo ha cambiado. Las pasiones han perdido su violencia salvaje y las costumbres se han dulcificado».¹⁵

Muchas muertes, continuados desórdenes, invasiones desde casi todos los puntos cardinales, incitaciones reiteradas al exterminio del adversario, a matar o morir por causas que lo justificarían (para sus partidarios), cuerpos insepultos y sepultados ya no se sabe donde (así como desconocemos las exactas circunstancias, los nombres de los más, sus razones...). El sacrificio de innumerables personas, durante más de siete décadas (y ello sin contar las secuelas contemporáneas nuestras que, en más de una ocasión, volvieron a habilitar la aniquilación de seres humanos), explicaría la adecuación de una colorida denominación de nuestra tierra en el siglo XIX.

¿Cuál será el origen o el primer antecedente literario escrito de la denominación, que con Hudson se haría famosa, de esta región como tierra purpúrea? En este sentido, cabe recordar que Sarmiento, en carta desde Montevideo del mes de enero del año 1846 (publicada en libro en sus *Viajes por Europa, Africa i América*, Imp. Julio Belin, Santiago de Chile, 1849), dice:

Habíamos dejado atrás las islas Malvinas, i el capitan cuidadoso tomaba por las estrellas la altura, por temor de dar de hocicos con el fatal Banco Inglés. Una tarde, en que los celajes i el barómetro amenazaban con el *pampero*, el mal espíritu de estas rejiones, entramos en una zona de agua purpúrea que en sus orillas contrastaba perfectamente con el verde esmeralda del mar cerca de las costas.

15 Drum, «Salus, 'En flânant'», en *Rojo y Blanco*, N. 3, 1º de julio de 1900.

Era acaso algún enjambre de infusorios microscópicos, de aquellos a quienes Dios confió la creación de las rocas calcáreas con los depósitos de sus invisibles restos; pero el capitán que no entiende de estas cosas dijo, medio serio, medio burlándose «estamos en el Río», i señalando la enrojecida agua, «esa es la sangre, añadió, de los que allá degüellan». Aquella broma zumbó en mis oídos como un sarcasmo verdaderamente sangriento. Por lo pronto permanecí enmudecido, triste, pensativo, humillado por la que fué mi patria, como se avergüenza el hijo del baldón de sus padres. ¿Creerá usted que tomé a mi cargo probar que eran infusorios, i no nuestra sangre la que teñía el malhadado río?

¿Acaso fue, será justa la aseveración de Enrique Molina quien, en un bellissimo pero trágico examen poético de nuestra historia, sostiene que «nada en aquella sociedad se inspiraba en el amor, todo estaba dirigido a negarlo» (1973: 15)? ¿Habrá cambiado la sociedad rioplatense actual y ya no será más justificable esa colorida atribución al agua y suelo de nuestro entorno?

REFERENCIAS

- ACEVEDO, Eduardo
1933 *Anales históricos del Uruguay*. Tomos I a VII. Montevideo: Barreiro y Ramos.
- ACEVEDO DÍAZ, Eduardo
1965 *Lanza y sable*. Montevideo: Colección de Clásicos Uruguayos.
- BAUZÁ, Francisco
1871 «La nube roja». *La Bandera Radical*, año I, N. 2.
- BENJAMIN, Walter
1995 *Para una crítica de la violencia*. Buenos Aires: Leviatán.
- BERUTTI, José Manuel
2001 *Memorias curiosas*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- BILBAO, Manuel
1998 *Vindicación y memorias de don Antonino Reyes*. Buenos Aires: El elefante blanco.
- BLANCHARD, Peter
2002 «The language of liberation: Slave voices in the wars of independence». *Hispanic American Historical Review*, N. 82, p. 3.
- BORDELOIS, Ivonne
1999 *Un triángulo crucial: Borges, Güiraldes y Lugones*. Buenos Aires: Eudeba.
- BORGES, Jorge Luis
1981 «Executions have replaced bombs». Buenos Aires: Herald.
1989 «El otro duelo». En *Obras completas*. Tomo II. Buenos Aires: Emecé.

CHUMBITA, Hugo

2000 *Jinetes rebeldes. Historia del bandolerismo social en la Argentina*. Buenos Aires: Javier Vergara Ed.

DARWIN, Charles

1890 «Journal of researches into the natural history and geology of the countries visited during the voyage of H.M.S. "Beagle" round the world, under the command of Capt. Fitz Roy, R.N». <http://www.nzetc.org/tm/scholarly/tei-DarJour_N69703.html>.

DÍAZ, César

1968 *Memorias*. Biblioteca Artigas. Colección de clásicos uruguayos. Montevideo: Ministerio de Cultura.

ECHEVERRÍA, Esteban

1928 *Dogma socialista. Precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*. Buenos Aires: La cultura argentina.

ESSEX VIDAL, Emeric

1999 *Buenos Aires y Montevideo*. Buenos Aires: Emecé Editores.

HORTELANO, Benito

1972 *Memorias (parte argentina), 1849-1860*. Buenos Aires: Eudeba.

HUDSON, William H.

1904 *The purple land. Being the narrative of one Richard Lamb's adventures in The Banda Oriental, in South America, as told by himself*. 2.^a ed. New York: s.e.

JOHNSON, Paul

2007 *Heroes. From Alexander the Great and Julius Caesar to Churchill and De Gaulle*. S.l.: Harper Collins e-books.

- JOXE, Alain
2003 *El imperio del caos. Las repúblicas frente a la dominación estadounidense en la posguerra fría.* Buenos Aires: F.C.E.
- LIMA, Carlos A. M.
2002 «Slaves of combat: the instrumentalization of violence in master/slave relations in Portuguese America (1580-1850)». *Revista Sociología Política*, N.18 pp. 131-152. <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104-44782002000100009&lng=en&nrm=isoISSN0104-4478>.
- LUGONES, Leopoldo
1960 *El payador.* Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- LYNCH, John
1997 *Juan Manuel de Rosas 1829-1852.* Buenos Aires: Emecé.
- MARX, Karl
1971 *El capital.* Tomo 3. México: Siglo XXI Editores.
- MASSOT, Vicente
2003 *Matar y morir. La violencia política en la Argentina (1806-1980).* Buenos Aires: Emecé.
- MOLINA, Enrique
1975 *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman.* Buenos Aires: Losada.
- MORENO CHUMILLAS, Evelio
1991 *Las ciudades ideales del siglo XVI.* Barcelona: Sendai Ediciones.
- MUSIL, Robert
1992 *Ensayos y conferencias.* Madrid: Visor.

MICHAUX, Yves

1989 *Violencia y política. Una reflexión post-marxista acerca del campo social moderno.* Buenos Aires: Sudamericana.

NORTHRUP, David

2003 «Free and Unfree Labor Migration, 1600-1900: An Introduction». *Journal of World History*, vol. 14, N. 2. <<http://www.historycoop.org/journals/jwh/14.2/northrup.html>>.

PILGER, John

2007 «Who's afraid of Michael Moore?» *New Stateman*.

RESTA, Eligio

1995 *La certeza y la esperanza. Ensayo sobre el derecho y la violencia.* Barcelona/ Buenos Aires: Paidós.

SÁNCHEZ, Florencio

1903 «El caudillaje criminal en Sudamérica». En *Archivos de psiquiatría y criminología aplicadas a las ciencias afines*. Tomo II. Buenos Aires: Talleres gráficos de la penitenciaría nacional.

SOLER, Mariano

1901 *El legado del siglo XIX. Temores y esperanzas respecto de la sociedad moderna.* Montevideo: Tipografía Uruguaya de Marcos Martínez.

SUÁREZ, Luis

1931 *De Tupambaé al Apa. Expedición de auxilios a los heridos de Tupambaé (revolución de 1904). Un año en el Paraguay. Recorriendo el África francesa.* Montevideo: s.e.

VAZ FERREIRA, Carlos

1922 *Sobre los problemas sociales.* Montevideo: Imp. El Siglo Ilustrado.

UNA HISTORIA DE TIERRA Y AGUA PURPÚREAS

WEIL, Simone

1951 *La condition ouvrière*. París: Gallimard.

1949 *L'enracinement. Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain*.
París: Gallimard.

WELLS, H. G.

1991 *The time machine*. Estados Unidos: Bantam Books.

WILDE, José Antonio

1977 *Buenos Aires desde 70 años atrás (1810-1880)*. Buenos Aires: Eudeba.

WILSON, Edmund

1972 *Hacia la estación Finlandia*. Madrid: Alianza.

WOLLSTONECRAFT, Mary

s.f. «Letters written during a short residence in Sweden, Norway, and
Denmark». <<http://www.gutenberg.org/dirs/etext02/ltswd10.txt>>.

ZAMBRANO, María

1996 *Persona y democracia*. Madrid: Siruela.

ZAVALA MUNIZ, Justino

1937 «Síntesis de la situación brasilera. Sus orígenes, su estado, su futuro».
Ensayos, año II, N. 7, pp. 55-68.